

nacion como México, cuya existencia es de general interés para la conservacion del equilibrio entre todos los pueblos de cierta categoría de Europa y de América.

Ese gobierno no podia ser otro que el gobierno imperial.

Y hé aquí por qué se *hacia indispensable, para salvar la nacionalidad y la independencia del país*, EL RESTABLECIMIENTO DE LA MONARQUIA EN MEXICO.

X.

El verdadero patriotismo consiste hoy, pues, en maldecir las revoluciones, las guerras civiles y las torpezas de nuestros gobernantes que nos han puesto en el caso de necesitar la intervencion europea, y no en oponernos á la que nos ha asegurado el primero de todos los bienes, la independencia nacional.

Bien se nos alcanza que no se destruyen en un dia el desórden y el vandalismo que han durado muchos años, porque esos elementos de desorganizacion social han tenido tiempo de echar hondas y funestas raices, cuya estirpacion completa es obra larga y laboriosa.

Pero mucho se engañaría el que confundiera esas chusmas de bandidos que viven hoy del robo y del saqueo, con los patriotas que en otro tiempo brotaban, por decirlo así, de la tierra para conquistar nuestra independencia.

Entonces no se necesitaban proclamas, ni leyes draconianas, ni mandamientos conminatorios, ni mentidas constituciones, ni promesas de apropiarse los bienes ajenos, ni ninguno de esos actos mas ó menos inmorales que han sido tan frecuentes en estos últimos tiempos y que se han puesto en práctica para interesar á los pueblos en un triunfo que indispensablemente debia ser efimero: bastaba solo el amor á la independencia de la patria para que no faltaran soldados á una gran causa.

Ese mismo sagrado amor á la independencia de la patria es en el que se ha inspirado el general Almonte para trabajar con un desprendimiento y una abnegacion sin iguales, por el triunfo de la intervencion y del imperio, que es su consecuencia natural y forzosa.

La intervencion, en efecto, fuera una cosa sin sentido, si otro gobierno que el monárquico hubiera sido su resultado.—Y sin embargo, hubo hombres que, á los pocos dias de haber llegado al país y sin haber estado nunca antes en él, se preciaban de conocerle, y decian que en México no habia parti-

do monárquico. En esto no hacian mas que repetir, como eco fiel, lo que querian los demagogos que fuera de México se creyera sobre este punto.

Si hubiera sido cierto que en México no habia monarquistas, ¿para qué imponer entonces la pena de muerte contra todo el que pretendiera cambiar la forma de gobierno?

Y cuando por medio del terror se imponia un absoluto silencio á la manifestacion de tales deseos, los demagogos se apoyaban en ese mismo silencio para decir que en México no habia partido monárquico!

Si le habia, y es hoy muy numeroso, pues se compone de todos los que no especulan con la cosa pública, de todos los que viven de un trabajo honesto y digno, de todos los que tienen algo que perder y nada que ganar en las revueltas de la república; y si callaba, era porque ocupando el poder sus contrarios, el que se hubiera atrevido á alzar la voz en su favor, hubiera pagado con su cabeza su estéril audacia.

Por ignorancia, y á veces por malicia, los prohombres de la demagogia habian difundido en el vulgo la idea de que la monarquía era contraria á la libertad y á la independencia, y la comparaban con la antigua dominacion colonial; así es que para muchos la palabra monarquía es sinónima de servidumbre.—Haríamos muy poco favor á nuestros lectores si nos empeñáramos en demostrar la falsedad de semejante concepto, y si hacemos mencion de él, es tan solo para que se vea de qué medios se valia la demagogia para desacreditar en las clases poco ilustradas de nuestra sociedad, la forma de gobierno que ha dado á las naciones de Europa tanta verdadera libertad y tanto engrandecimiento.

El general Almonte, pues, al trabajar por la intervencion y por el triunfo de la idea monárquica, es consecuente con sus principios, y no hace mas que continuar, mejor dicho, que completar la grande obra por la que perdió la vida su ilustre progenitor: la libertad y la independencia de su patria.

Hoy comprenden instintivamente esta verdad los pueblos, y sobre todo esa inmensa poblacion indígena, porque despues de tantos errores y de tantas esperanzas frustradas, despues del abatimiento, de la indiferencia y hasta de la desesperacion que habian producido en ellos las vanas teorías con que los habian alucinado, responden á los manejos que ponen en juego los demagogos para levantarlos contra la intervencion francesa, con las adhesiones mas sinceras al imperio.

Esto debia suceder; porque cansado ya el pueblo de las vejaciones perennes de los que tomaban su nombre para esquilmarle, no era posible que las proclamas de esos hombres tuviesen el menor eco en el país, ni que produjeran en ninguna parte ese arranque espontáneo de patriotismo que entusias-

ma tanto cuando se defiende una causa nacional que tiene simpatías en todos los corazones. Y como la verdadera causa nacional es hoy la de sostener y defender el imperio que nos da paz, orden y estabilidad, el entusiasmo de todos está en favor de su triunfo, porque con él lograremos el afianzamiento de las instituciones que nos darán verdadera libertad y segura independencia.

A la sombra de ese gobierno protector, regido por sábias doctrinas y empuñando el timon de la nave del Estado el príncipe advertido y prudente que nos envidiarán las viejas naciones de Europa, veremos mejorar la condicion social de los mexicanos; adelantar á la par las ciencias y las artes, la agricultura y el comercio, la industria y la minería; y desenvolverse, guardando una saludable armonía, las mejoras materiales y los progresos morales é intelectuales, que es como se alcanza la verdadera civilizacion.

Y nunca admiraremos bastante al hombre que, pudiendo gozar todas las delicias de una vida feliz, tranquila y sosegada en el hogar doméstico, ó en medio de las consideraciones y de los respetos debidos á un elevado mérito personal y á la mas alta posicion social, va á consagrar sus laboriosas vigiliass al bienestar de un pueblo que lleno de confianza se entrega en sus brazos y deposita en su honradez y en su conciencia las facultades necesarias para llevar á buen término la grande obra de nuestra reorganizacion social, el engrandecimiento y la prosperidad de su nueva patria.

Y si nosotros consideramos á nuestro emperador Maximiliano I como el puerto seguro de nuestra salvacion en la deshecha tempestad que corriamos, como la firme columna en cuya sólida basa irán á estrellarse las olas de las ambiciones desenfrenadas, ¿qué mucho que los austríacos no quieran que un príncipe de tan aventajadas prendas, que se halla tan cerca del trono de los Hapsburgos, renuncie á servir directamente á su patria nativa, por venir á reinar en México, país tan apartado de su cuna, y que tan pocas relaciones tiene hoy con los súbditos del emperador su hermano?

Este es un noble sentimiento que debemos respetar y que respetamos en realidad; pero que produce en nosotros un deseo enteramente contrario al de los austríacos; porque mientras mas motivos tengan ellos para no querer dejar la presea que hoy poseen, eso mayores son precisamente los motivos que nosotros tenemos para desear que venga á gobernarnos.—Escasos por demas son los buenos gobernantes, y cuando el Supremo Dispensador de bienes pone en el camino de los destinos de un pueblo, á un príncipe dotado de las condiciones necesarias para ser el fundador de un grande imperio y gefe de una dinastía de nobilísima estirpe, insensato será el que se oponga al cumplimiento de esa mision providencial!

XI.

Aquí hubiéramos concluido nuestra tarea si los discursos pronunciados en el cuerpo legislativo francés por los hombres eminentes de la oposicion, no nos volvieran á poner la pluma en la mano para refutar los errores en que han incurrido al tratar la cuestion mexicana.

Si es admirable la facilidad con que en Europa se acogen los informes mas falsos y se adoptan las opiniones mas absurdas sobre las cosas de México, mas admirable es todavía ver que hombres de los tamaños de los que en la cámara francesa están al frente de la minoría que ataca al gobierno del emperador Napoleon III, por su espedicion á México, suban á la tribuna, y con la autoridad de la alta posicion social que ocupan, asienten los hechos mas inexactos y aventuren las aserciones mas erróneas.

Esto, sin embargo, no debiera estrañarse tanto, porque cuando un general espedicionario se figuró descubrir desde su tienda de campaña en las playas de Veracruz, la causa de los males que nos afligian y que la monarquía no era el remedio que necesitábamos, ¿qué mucho que en París se dejen sorprender las mas claras inteligencias por los falsos informes de hombres interesados en adulterar la verdad?

El general que tan tristemente se engañó en la cuestion mexicana, ha influido con sus determinaciones de una manera lastimosa sobre la suerte que habria cabido á España y á los españoles en América, si su conducta hubiera sido del todo opuesta á la que se empeñó en seguir. Eso, no obstante, su conducta fué aprobada oficialmente en lo general, por su gobierno, bien que desaprobada, tambien oficialmente, en cada uno de los puntos particulares que comprendia; enigma que no alcanza á descifrar nuestra inteligencia, pero que es un hecho incontestable, y un hecho que ha causado en el pueblo español un profundo sentimiento que ha tenido que sofocar en silencio por espíritu nacional, así como por el respeto que es tradicional en España á la autoridad.

¿Qué hubiera sucedido en Francia si las fuerzas francesas hubiesen abandonado la espedicion de México como las españolas?

¿Qué hermosos discursos no hubiera pronunciado entonces la oposicion en contra del gobierno!

Y razon habria tenido para ello, porque con semejante comportamiento hubiera faltado la Francia á la mision providencial que la trajo á México.